

## ∞ Prólogo ∞

*Evergreen, Reserva Principal nº 27,*

*Antigua Escocia, Octubre 2332*

—¿Cómo vas, Sara? —preguntó apremiante Caine.

—Nosotras ya estamos —contestó subiéndole la capucha negra a su hija.

Sara se encaminó al fondo del aeromóvil y cogió la mochila que llevaría. Abultaba y pesaba menos que la que cargaría su marido. Cogió la pequeña mochila escolar de Iris y se la puso a la espalda. Iban a viajar a la Escocia de 1327 donde se encontrarían con su cuñada. O mejor dicho, iban a escapar a la Escocia de 1327 donde esperaban que no les alcanzaran las garras de los habitantes de la Puerta 9.

Cada vez que pensaba en lo ocurrido durante los últimos años, no podía evitar recordar las palabras que le dijera Iris cuando la visitó para explicarle en dónde estaba metida. Ella había estado al mando de una operación para destruir la máquina del tiempo en la que Sara había trabajado desde hacía años. Y cuando le explicó el alcance de su hallazgo, se había quedado horrorizada.

«Habrá gente buena porque en el mundo tiene que haber de todo. Pero precisamente por eso, siempre habrá cabrones que se beneficien de machacarles. Ésa ha sido la historia recurrente a lo largo de la humanidad. Y encima, os habéis dado la carta blanca de no sólo influir en “vuestra línea”, sino cargaros las del resto».

Si Iris supiera... Había sido tal cual ella lo había intuido. En cuanto se hizo público el proyecto temporal, no se había utilizado con la intención con la que su equipo lo había planeado. La máquina del tiempo había sido adquirida por manos privadas y la habían utilizado hombres sin escrúpulos para enredar en otras líneas con desastrosas consecuencia para muchas.

Y entonces, habían llamado a la «puerta» que no debían... literalmente. Esa gente no era humana. Era la única explicación que le daba al hecho de que pudieran hacer las cosas que hacían. Y en cuanto habían comprendido lo que habían hecho, tomaron en su mano la resolución de arreglar el desastre que estaban originando.

Y eso pasaba por aniquilar su línea para acabar con la amenaza de los saltos temporales.

Sara se había enterado del asunto escuchando a hurtadillas. La gente que tenía acceso a esa información había sido recluida para que la noticia no se expandiera y evitar así el éxodo masivo huyendo de su línea temporal.

Esos... «seres», pensó a falta de una palabra mejor, podían leer la mente.

Por eso habían custodiado la única máquina del tiempo que quedaba: la original. Y era prácticamente imposible fugarse a través de ella... que era lo que iban a intentar hacer ellos tres en esos momentos.

La aprensión que sentía al pensar en lo que iban a hacer le ponía el estómago del revés. Lo más seguro sería que muriesen en el intento. Pero esa gente pretendía eliminar su línea, por lo que el resultado era el mismo.

A diferencia de la gran mayoría de los humanos de su planeta, ellos tenían una oportunidad. Sara contaba con su pulsera temporal y era de las pocas personas que podría poner la máquina a funcionar si tenía acceso a ella. Si la central hubiera estado encendida y sincronizada con su muñequera, podrían haber viajado desde casa. Por desgracia, desde que la controlaron al llegar, sólo la estaban utilizando para sus propósitos y, si querían saltar de línea, tendrían que entrar en el laboratorio y configurarlo todo.

—Recuerda: mil siete años —dijo Caine acercándose a la puerta.

Era curioso que se lo recordara él cuando Sara se lo había dicho antes. No podían viajar directamente a la fecha en la que se encontraba Iris, pues ella vivía en una línea alternativa. Tenían que viajar a un punto anterior al de ella y de ahí, buscar su línea y adelantar en el tiempo. Poner mil siete años hacia atrás era más fácil que intentar calibrar un día concreto. Viajarían a octubre de 1325 y, de ahí, adelantarían año y medio justo para acabar en abril de 1327 y estar presentes para ayudarla con el parto. Gracias a las modificaciones que habían hecho «ellos» para poder rastrear mejor las líneas afectadas, ya no era necesario estar tan cerca de la bifurcación temporal.

Y eso era algo que aprovecharían; porque poder calibrar un ciclo<sup>1</sup> entero era más sencillo que indicar que querían viajar a un día concreto. Y cada segundo del que dispusieran sería oro, por lo que no podían perder tiempo en minucias de un mes a otro que en la práctica no servirían para nada.

Caine abrió la puerta del aeromóvil familiar y salieron a la noche. Era tarde; casi de madrugada. Esperaban así pasar desapercibidos, aunque no albergaba excesivas esperanzas en ello. Su única baza era intentar actuar con la mayor naturalidad posible y colar a su marido y a su hija en el edificio antes de que fuesen a por ellos.

Los dejó escondidos en la puerta y entró al vestíbulo. Jerome, el guardia que hacía turno esa noche, la miró desconcertado.

—¿Cómo tú por aquí? —le preguntó tras saludarla—. No tengo apuntado en los registros que tengas que venir.

—No, si no recuerdo mal, no tengo que venir tampoco mañana —corroboró ella. Era absurdo intentar hacerle creer que la habían llamado en el último momento. Desde que custodiaban la máquina, quedaba registrado hasta quién respiraba cerca de ella—. Ayer me dejé unas cosas en mi taquilla y venía a por ellas. —Se giró con inocencia para que viera la mochila que traía detrás. No la habían llenado del todo para que no se viera sospechoso—. Vengo de casa de mis padres y como pasaba por aquí, decidí recogerlo. Tengo a la niña durmiendo en el coche. —Se apartó y señaló el coche familiar al otro lado de la calle—. ¿Puedes echarle un ojo mientras subo? No tardaré ni cinco minutos.

---

<sup>1</sup> Unidad de medición temporal. Un ciclo completo corresponde a un año de transcurso. Su calibración es inmediata a diferencia de una fecha concreta de determinados años, meses y días.

Porque tanto si les pillaban como si no, no tardarían mucho más. Jerome miró primero a Sara y luego al coche como dudando qué hacer.

—Tendría que registrar que has entrado —dijo sin rodeos.

—Claro, no hay problema. —Sara le tendió su acreditación y Jerome la pasó por el escáner—. Por cierto, ¿puedes mirarme cuándo tengo que volver? Me mandaron la planilla al móvil, pero Iris estuvo enredando en él y me la borró —fingió disgusto para parecer realmente molesta por ese inconveniente.

Se trasladó hacia el otro lado del mostrador haciendo que la atención del hombre se desviara de la puerta. Le había explicado a Caine cómo sortear los dispositivos de vídeo, pero ella no era del equipo de vigilancia, por lo que seguramente no le habría dado indicaciones suficientes. Sara contaba más con el factor de distraer a Jerome de los monitores. Si Caine acababa registrado en las grabaciones, era algo de lo que se darían cuenta después: cuando lo hubieran logrado o los hubieran detenido. Sabía sin género de dudas que no pasarían desapercibidos tanto si lo conseguían como si no.

En ese momento, Caine, llevando con cuidado a su hija, entraron sigilosos hacia la zona de los ascensores.

Sara se subió sobre el mostrador para cotillear la pantalla y hacer que el hombre la mirara a ella.

—Vaya, sí que han recortado las horas del personal —siguió hablando para distraerle.

—Ya sabes lo tenso que está todo —comentó Jerome con un bufido—. Es como si hubieran sitiado el edificio entero. Parece que no se pudiera entrar ni salir. Y como se han paralizado todos los proyectos, sólo dejan que venga el personal indispensable para mantener en marcha las cosas necesarias.

—No me lo digas —sonó divertida—. Para venir a dar de comer a los ratones y que no se mueran, ¿cierto? —rio intentando parecer relajada.

—Pues no te alejas mucho. —Jerome le tendió su acreditación—. Prácticamente sólo vienen los que tienen proyectos que necesitan mantenimiento, como son mantener vivos los cultivos y cosas por el estilo.

Vio por el rabillo del ojo que Caine había llegado al pasillo de los ascensores. De allí, subiría por las escaleras hasta el laboratorio mientras ella subía por el ascensor como sería lo lógico.

—Tienes que volver el jueves por la mañana —le informó haciéndola regresar a la conversación—. ¿Quieres que te mande otra copia de tu planilla?

—Claro —le agradeció animada. Cuanto más tiempo tardase, más tiempo le daba a Caine para subir hasta el último piso con la niña—. Tendré que guardarlo en mi ordenador para que Iris no vuelva a borrarlo —agregó con una sonrisa.

El móvil pitó al recibir un archivo entrante. Con calma, lo miró haciendo que comprobaba que había llegado bien.

Sin poder dilatar más el momento, se despidió de Jerome y se dirigió a los

ascensores. Cuando pulsó el botón de llamada, vio que le temblaba la mano. Casi no sabía ni cómo había podido mantener la calma cuando hablaba con el vigilante.

Intentó serenarse inspirando y espirando controladamente. Desde el mismo instante en que Jerome había pasado su acreditación por el sistema, a «esa gente» le tenía que haber llegado el aviso. Si se mostraba inquieta sabrían que tramaba algo. Había cámaras en el ascensor, luego no podía desahogarse angustiándose en él tampoco. Esperaba que Caine hubiera llegado ya arriba.

En cuanto las puertas se abrieron, un hombre estaba allí mirándola e impidiéndole la salida. Sara pegó un bote del susto que le dio.

—¿Qué haces aquí? —preguntó de malos modos él.

—Quería recoger unas cosas de mi taquilla —dijo rápidamente. Cuanto menos tardara en responder a las cosas, menos sospechosa parecería. Sabía que todos esos hombres no podían leer la mente, pero tampoco sabía cómo lo hacían ni cómo funcionaba. De modo que empezó a pensar en uniformes sucios que lavar, vaciando la mente de cualquier otra cosa.

—¿A estas horas? —la interrogó sin cambiar su tono.

—Me dirigía a mi casa después de cenar con mis padres y, como voy a estar varios días sin venir, quería aprovechar para recoger mi uniforme y lavarlo.

El hombre entrecerró los ojos y la miró con suspicacia. No hacía mucho que se habían topado con ellos y, por eso, aún no terminaba de habituarse a su apariencia. Eran humanos y, a la vez, no lo eran; pero a esa conclusión no se llegaba por su aspecto, sino por sus habilidades. A lo que Sara no se acostumbraba era a ver tantos como su cuñada Iris a su alrededor. A diferencia de su tiempo, ellos estaban en una línea alternativa donde gran parte del planeta estaba congelado. Todos, sin excepción, eran blancos allí y por eso eran tan reconocibles en su mundo: negros, de su planeta; blancos, del otro. Simple y fácil.

—¿Estás nerviosa?

—Me has asustado —contestó ella titubeante, y si lo estaba preguntando era porque ese hombre no era de los que tenían la facultad de leer la mente. Casi pudo suspirar de alivio... casi. Debía mantener la calma o se delataría de igual forma.

Él la miró de arriba abajo y, dando un paso hacia atrás, la dejó pasar de camino a los vestuarios de mujeres. Sin embargo, no se despegó de ella y la siguió hasta allí. No sabía dónde estaba Caine pero imaginaba que estaría oculto en la zona de las escaleras.

—¿Estás tú solo en esta planta? —preguntó intentando romper el hielo. El hombre la miró como si se hubiera vuelto loca.

—¿En la zona en la que se ubica la máquina? —dijo condescendiente a modo de respuesta.

Pero eso fue lo último que dijo, pues el hombre cayó inconsciente al suelo sangrando de la cabeza tras oírse un gran golpe.

—¡Vamos! —la instó Caine dejando el cubo de reciclaje con sangre en el pasillo.

La cogió de la mano y echaron a correr pasillo adelante. Abrió la puerta de las escaleras y sacó a Iris de allí.

—Eso no lo detendrá —le advirtió a su marido, hablando por el golpe que le había dado al hombre—. En unos segundos se habrá puesto en pie y avisado a todo el edificio.

—Era evidente que no te iba a quitar ojo —replicó a modo de excusa—. Iba a vigilar cada paso que dieras.

En eso no podía contradecirle pues sabía que ese hombre estaba allí para seguirla y cerciorarse de que no hacía nada raro.

Justo en el momento en que abrió la puerta del laboratorio, una alarma sonó en el edificio y el teclado se bloqueó. Había tenido sus dudas sobre que su acreditación abriera la puerta, y por eso en parte se asombró al ver que podía abrir. Pero teniendo en cuenta que desde que llegaron, sólo los siete técnicos del proyecto podían entrar en ese laboratorio, tenían muy limitado quiénes podían acceder a él y no lo habían restringido más. Sin embargo, les había ido por un segundo, pues todas las puertas quedaban bloqueadas en cuanto saltaba la alarma.

Como había sospechado, el hombre del pasillo ya debía estar en pie y avisado a todo el personal que allí hubiera.

Caine bloqueó la puerta y Sara fue directa a la máquina. Introdujo su clave de acceso y el sistema arrancó. Miró a su marido que intentaba hacerse con algo con lo que defenderse en caso de que alguien entrara, pero sabía que era absurdo. Ni un golpe servía para mucho, ni era fácil acercarse a ellos para dárselo. Si no fuese porque estaba hablando con el hombre del pasillo distrayéndole en el proceso, era probable que le hubiera escuchado aproximarse por su espalda.

La niña empezó a asustarse y se echó a llorar al no entender lo que pasaba y ver que sus padres estaban tan alterados.

—¡Iris, ven aquí! —llamó a su hija mientras veía el sistema totalmente operativo. Levantó la vista para ver cómo seguía Caine y justo en ese momento se materializó uno de ellos detrás—. ¡Caine, detrás de ti!

Caine se giró pero no pudo hacer mucho contra el recién llegado, el cual le inmovilizó contra la pared sin mucho esfuerzo. Sara metió las coordenadas temporales y fijó la fecha justo cuando el hombre la golpeó en la distancia tirándola al suelo.

—¡Sara, vete! —gritó Caine suspendido contra la pared.

No quería marcharse de allí sin Caine, pero en cuanto dos nuevas personas se materializaron en el laboratorio, supo que no podría irse con él. Su marido lo había sabido desde el instante en que el primero le había inmovilizado. Porque incluso habiendo sido ellos dos contra solo uno de esos seres, habría podido reducirles sin problemas.

—¡Caine! —exclamó desesperada incorporándose y cogiendo a su hija para pegarla contra ella.

Los tres fijaron su vista en ella y la única que era mujer desapareció.

En principio había pensado que los cinco segundos escasos que transcurrieron desde que el primero de esos individuos apareció allí habían sido los segundos más largos de su vida. Pero en realidad, fue la fracción de segundo en la que se encontraba la que se llevó el premio. Ese tiempo era lo que la mujer tardaría en alcanzarla para detenerla y fue el tiempo que necesitó para pulsar el botón de su muñequera y ver por última vez a Caine.

Su presente se desvaneció. El remolino la llevó a 1325, al mismo camino al que había llegado la primera vez buscando a Iris. Mil años después, allí se ubicaría el edificio donde se construiría la máquina del tiempo.

La impresión del viaje había cortado los lloros de Iris, pero Sara no tenía tiempo qué perder. Esa gente estaba en el laboratorio. En el momento en que desconectarán la máquina, no podría saltar a ningún sitio. Se quedaría en la línea que le correspondía al origen; la misma que se relataba en sus Crónicas y en la que no estaba su cuñada.

Con dedos temblorosos buscó las desviaciones y sin tiempo que perder, saltó un año. No se podía permitir calibrar fechas, ni pensar en cuánto tiempo tenía que saltar. Tenía que entrar en esa línea fuese el tiempo que fuese.

Iris se inquietó más con el nuevo salto, pero Sara casi suspiró aliviada. Estaba en la línea modificada; aquélla en la que se encontraba su Iris y que no tenía que ver con las fatídicas Crónicas de los MacRae. El objetivo primordial de poner a su hija a salvo ya estaba cumplido.

Su muñequera aún seguía activa, para su mayor sorpresa. Por fin, pudo darse el lujo de pensar en ello. No podía quedarse allí. No estaba muy al tanto de los tiempos en los que se desarrolló la relación de Iris e Iain, pero sabía que estaba antes de la primera visita que les hizo. Tendría que viajar adelante.

Fue en ese momento que Iris, su amiga, apareció por el camino corriendo a bastantes metros de donde estaban ellas dos. Se detuvo perpleja como si viera un fantasma y Sara, por reflejo, volvió a pulsar el botón saltando un nuevo año hacia delante. Con la distancia a la que estaban, con suerte Iris supondría que lo había imaginado.

Volvían a estar en el mismo camino, pero esta vez no había nadie.

O eso creía...

—Por mucho que saltes, te encontraré —dijo una voz a su espalda. Sara gritó por el susto y, al girarse, vio a la mujer que se había desvanecido para alcanzarla—. Sobre todo porque sólo tengo que ir al día que has fijado y esperar a que aparezcas.

Toda su mente se bloqueó en el acto. Lo único que aparecía una y otra vez por ella era un continuo «nos ha encontrado» que sabía que tendría dramáticas consecuencias para las dos. Esperaba tener un poco más de tiempo; sería una ingenua si pensase que no la localizarían. Su muñequera era una baliza para la máquina temporal. Su intención había sido llegar a la fecha que querían y deshacerse de ella para después alejarse lo más que pudiera esperando que no fuesen capaces de localizarla en una época no tecnológica.

Pero ni siquiera había tenido tiempo de ir a la fecha que quería. Y tampoco

habría podido hacerlo porque la habría estado esperando. De inicio pensaba que no tenían muchas posibilidades; había sido un intento a la desesperada. Pero ahora sabía que no habían tenido ninguna oportunidad.

—Por favor, Iris es sólo una niña —le suplicó al borde de las lágrimas—. Sólo quiero llevarla al poblado. Me iré contigo, te lo prometo. Pero deja a mi hija aquí.

La mujer la escrutó con unos ojos insondables que la atravesaron, viéndola sin ver. Y supo sin género de dudas que era una de esos seres que sí podían leer la mente.

—Sabes lo que vamos a hacerle a tu Puerta. Estabais huyendo —declaró la mujer con certeza—. Creí que habíamos limpiado las mentes de todos los que lo sabíais —comentó sin darle mayor importancia a algo de lo que una persona normal se espantaría. Estaba hablando de borrar la memoria como si charlara del tiempo.

—Iris sólo tiene seis años; no es un peligro para nadie —volvió a rogar sabiendo que todo el problema derivaba de los enredos que se podían hacer en otras líneas con el conocimiento de los hechos históricos acontecidos en ella—. Deja que la lleve al pueblo.

La mujer no dijo nada durante un rato que se le hizo eterno y después cogió de la mano a Iris.

—¿Quieres que te haga un truco? —Iris asintió con un gesto tímido—. Piensa en un número... ¿lo tienes? —cuestionó pasados unos segundos. Iris afirmó de nuevo—. Es el seis —le dijo acucillándose y acariciándole en la cabeza—. Lo has elegido por ser los años que tienes, ¿verdad? —preguntó con amabilidad, y Iris sonrió al verse descubierta.

Después se levantó y, con más seriedad, se dirigió a Sara.

—No recordará nada de lo sucedido esta noche —comentó sin rodeos—. Ni nada relevante de tu tiempo. Es demasiado pequeña para tener fuertes recuerdos de su vida allí. Será mucho más fácil que se acostumbre a vivir aquí, sin demasiadas preguntas para ti.

—¿Para mí? —inquirió con recelo.

—Si no te he detenido en la bifurcación es porque quería saber adónde ibas. Y por supuesto, llevo más rato que tú aquí —le informó, pero Sara no se sorprendió por esa explicación. Una de las peculiaridades que tenía viajar en el tiempo era que podías ir a un momento concreto como si sólo hubieran transcurrido minutos cuando otra persona podía haber pasado horas antes de reencontrarse en el mismo punto—. He viajado siglos adelante y en esta Puerta no hay amenaza de viajes temporales a pesar de que esta línea en sí se ha creado por uno de ellos.

Sara no desmintió eso, pues no era difícil saber —gracias a la máquina— en dónde se habían realizado fluctuaciones. Esa gente se había valido de esa función para ir comprobando todas las líneas en las que habían metido mano. Por eso, desde hacía unas semanas, se había llenado su planeta de gente como aquélla; por eso, desde hacía unas semanas, la única máquina que habían dejado en pie había sido confiscada para ellos; y por eso, sabía que a su línea temporal le quedaban horas de vida. Porque al escuchar a hurtadillas la conversación el día anterior, sabía que esperaban terminar con

los desajustes que aún quedaban al día siguiente y, después, erradicarían su línea.

—Supongo que os encargaréis de que no trascienda esta idea en los pensamientos de nadie. —No era una hipótesis por mucho que lo pareciera. Era una orden clara de lo que se esperaba que hiciera y que, al parecer, se había cerciorado de que lo conseguía y de ahí que le diera una oportunidad—. En cuanto regrese, vuestros viajes en el tiempo serán historia —le explicó.

—¿Qué ha pasado con mi marido? —se atrevió a preguntar—. ¿Podéis traerle?

La mujer la miró estoicamente.

—No tientes a tu suerte —le advirtió—. Vine aquí a eliminaros y eso es lo que confirmaré cuando vuelva. —Dio un paso atrás y configuró su muñequera—. Correrá el mismo destino que los demás. El que deberíais correr también vosotras. —A Sara se le contrajo el pecho al pensar en Caine, y la mujer la estudió con atención—. No lo sientas; ellos no lo harán. Ellos no morirán; simplemente, desaparecerán.

Y diciendo eso se desvaneció. Por supuesto, las palabras de la mujer no la consolaron ni un poco, y se echó a llorar. Junto con Iris, Caine era lo más importante en su vida. Era su marido y el hombre que había amado desde que era una adolescente. Era el único hombre al que, de hecho, había querido en su vida.

Su muñequera emitió el zumbido de desconexión y la luz se apagó. Habían desconectado la máquina para su muñequera y pronto sería para siempre. Con toda probabilidad, a su mundo conocido no le quedaban más que unas horas.

—Mamá, ¿por qué lloras? —preguntó su hija alterada al borde de las lágrimas.

—Porque papá no está aquí —le contestó intentando recomponerse. No quería que Iris se perturbara por lo sucedido, pero iba a ser imposible.

—¿Dónde está?

—Con los abuelos, cariño. —Le respondió queriendo sonar despreocupada—. Pero ahora están muy lejos y ya no podremos volver a verles.

Por desgracia, aquello sí alteró muchísimo a Iris, que se puso a patallar queriendo ir con su padre. Intentar controlar los lloros de su hija se convirtió en una misión imposible y acabaron las dos llorando desconsoladas.

Tardaron bastante tiempo en recobrase, pero en cuanto pudo, se puso en marcha de camino al poblado. Había varios kilómetros desde donde estaban hasta la fortaleza, lo cual la llevaba a sorprenderse de que su cuñada anduviera corriendo por allí cuando —echando cuentas— debía estar ya embarazada.

Se dio cuenta de que, en el trasiego, se había dado alguna descompensación horaria pues, habiendo salido de madrugada en su tiempo, había caído en el pasado a primera hora de la mañana. Era la primera vez que le sucedía a pesar de haber viajado innumerables veces hasta la fecha. Con todos los viajes que esa gente debía estar haciendo día y noche, habrían configurado la máquina para llegar siempre en una hora prudencial.

Cuando la niña empezó a quejarse de andar, cogió su mochila y la metió en la semivacía suya. Las cosas más importantes iban en la mochila de Caine, la cual se



había quedado en su tiempo. Claro que muchas ya no las iban a necesitar. Traían su kit médico pero, teniendo en cuenta que estaban en octubre, ya no les valdría para Iris. La incertidumbre de pensar que su amiga y cuñada podría estar muerta le encogió de nuevo el corazón.

Y la culpabilidad volvió. Deberían haber ido antes. Pero una de las ventajas que tenían los viajes en el tiempo era que podía seguir transcurriendo el tiempo e ir posponiendo las cosas porque luego se podía viajar al punto que se quisiera.

En consecuencia, había ido surgiendo una cosa tras otra y se habían encontrado yendo al pasado huyendo más que por ayudar a Iris.

Habían recorrido ya varios kilómetros cuando avistaron el núcleo del poblado y, poco tiempo después, llegaron al centro. Nada más poner un pie allí, las voces de quienes las veían se fueron apagando y, de pronto, la vio allí... y estaba viva al lado de Faith y un niño de pocos meses. La miraba sorprendida y pronto se encaminó hacia donde estaban.

—¡Iris! —No podía creérselo. Estaba allí; no había muerto, después de todo. Sus piernas flaquearon y cayó al suelo, llorando entre la pena por la pérdida y el alivio de que al menos ella sí estuviera bien.

—¡Sara! —Iris corrió hacia ella—. ¿Te encuentras bien?

Sara negó no sabiendo cómo expresar lo que realmente sentía. Su marido estaba muerto; todo su mundo había desaparecido. Pero a la vez, había encontrado otra roca a la que aferrarse. Una roca que pensaba que hacía meses ya no estaría.

Se abrazó a Iris dejando que todas esas emociones fluyeran, e intentando reorganizar sus pensamientos con todo lo que había ocurrido en su tiempo.

Y así, entre sollozos y titubeos, empezó a explicarle lo que acababa de suceder.

# ∞ Capítulo 1 ∞

*Tierras MacRae*

*Escocia, diciembre 1327*

Había sido todo muy extraño, pensó Alec desde la entrada del salón principal del castillo. Reconocía que no era capaz de seguir completamente las conversaciones que tenían cuando hablaban de saltar de un tiempo a otro y no había entendido casi nada de lo que dijo Sara cuando le explicó a Iris lo sucedido.

El resumen que Iain acabó por darles era que, en el futuro de Iris, la máquina con la que viajaban en el tiempo trajo unas consecuencias tales, que alguien había tomado la decisión de exterminarles.

Y Sara había huido allí con su hija, pero sin su marido. Durante varios días, incluso se había sentido culpable. Casi no había tenido la fortaleza para ir al día siguiente al funeral que habían realizado. No tenían cuerpos, pero habían puesto una piedra que haría las veces de tumba de Caine... junto con otras personas más. Sara había llevado varias flores y las había depositado una a una, recitando un nombre distinto con todas ellas. Cada flor representaba a cada persona dejada atrás en su tiempo. Había puesto por sus familiares y por sus amigos; y lo mismo habían hecho después John y Iris.

Todos habían desaparecido en el castillo después, y él se había ido al lago a intentar tranquilizarse.

Cuando Sara había llegado allí la primera vez, se había quedado fascinado. No tenía problemas con reconocérselo a sí mismo. No sabía qué había sido, si el color de su piel o ser la siguiente mujer que veía que no estaba totalmente prohibida como era el caso de Iris. Pero con Iris no le había pasado nada similar al ensimismamiento que había sufrido al ver a Sara. No se parecía ni a John ni a Faith, los cuales podían pasar por una persona demasiado morena. Lo de Sara no era moreno por el sol; era un tono oscuro y distinto.

No había podido apartar los ojos de ella incluso cuando se había enzarzado en una discusión contra Iris cuando le explicó acerca de que estaba escrito en su historia que rompería la maldición. Algo tan transcendental para ellos, y casi no había podido prestar atención.

Y después de haberse marchado, había imaginado incontables días lo que sería que ella viviese allí; lo que sería tenerla en su día a día. Por supuesto, siempre lo hacía sin un marido al lado. Y de pronto, había aparecido caída del cielo tal y como lo había esperado.

Pero aquella imagen distaba mucho de lo que habría querido. Sara amaba a su marido y, por tanto, su falta era llorada con intensidad. Aunque poco a poco se había ido reponiendo, cuando la veía sola, siempre cargaba con un aire de tristeza que le incomodaba. Alec no había querido eso; en realidad, tampoco lo había pedido. Sólo

había sido un sueño de un hombre maldito que veía ante él a una extraña mujer; una simple fantasía. Pero no había querido que se cumpliera, y menos, con las consecuencias que traía.

—Por favor, por favor, por favor... —suplicó John a Sara interrumpiendo sus pensamientos—. Tienes dos, dame uno. Seré tu esclavo por un mes.

—No —contestó Sara.

—Dos meses —negoció el hombre desesperado. Sara negó con una sonrisa—. ¡Ni siquiera te habías acordado de ellos hasta ahora! —protestó.

—Si te soy sincera, ni siquiera recordaba que los hubiera traído. —Y la sonrisa desapareció—. Ese día fue todo tan nebuloso para mí, que no recordaba que había traído mochila.

John se irguió, sabiendo que había hecho sin querer que Sara recordara el día que habían llegado. Con el disgusto que se habían llevado todos, nadie se había dado cuenta de que habían recogido las cosas que habían traído desde el futuro. Hasta que Sara no había anunciado que prefería irse tranquila a una casa con su hija en vez de permanecer en el castillo, no habían recuperado la mochila.

Lo cual, para John, casi era un sacrilegio. El contenido de la pequeña mochila escolar de Iris era oro en bruto.

—¿Tenéis todo recogido? —preguntó Alec, que se había prestado para ayudarles a transportar todo. Iain había asignado a Sara y su hija una casa vacía que no estaba lejos de la suya. Y por supuesto, tampoco lejos del castillo.

—Si no te importa esperar un poco... —le pidió Sara—. Queremos darle una cosa a Iris.

—Por favor... —volvió a rogar John regresando al principio de la conversación.

—¿Por qué estáis ahí sentados todavía? —inquirió Iain bajando por la escalera hasta el salón—. ¿Tenéis algún problema?

—Quería hablar antes con Iris —dijo suavemente Sara.

Iain la miró desconcertado puesto que, en su opinión, eso podría hacerlo después sin mayor inconveniente, pero decidió acercarse a ellos viendo que John le estaba prometiendo de todo y más a Sara.

—Bajaré ahora. ¿Qué estáis haciendo? —Tenía una gran curiosidad por la escena.

—Le voy a dar algo a tu esposa por la que mi hija y yo obtendremos su protección incondicional y eterna... —miró a John sonriente—, por siempre jamás.

Alec también se acercó cuando escuchó esas palabras.

—¿Qué vas a darle? —preguntó Iain.

—Unas figuras de su serie favorita. —Ninguno de los dos hombres de aquella época entendió nada.

—¿Y eso dices que va a daros su protección incondicional? —repitió escéptico,

sobre todo porque debería darles dicha protección por el simple hecho de ser familiares y no por algo material.

John resopló ante tal ultraje.

—Mira, en serio, no conoces a tu esposa. Eso está muy mal por tu parte — recriminó duramente—. Ya va siendo hora de que entiendas que tu mujer es una friki. —Iain lo miró sin reaccionar. Estaba demasiado acostumbrado a oír palabras raras provenientes de ellos como para perturbarse por eso—. ¿Unas figuritas japonesas de su manga preferido?! —exclamó—. Iain, quién tenga eso, tiene oro.

Iain frunció el ceño.

—Una tina japonesa, una espada japonesa y figuritas japonesas —enumeró él—. ¿«Japone» es un sitio? —preguntó dudando.

—Japón, sí —corrigió rápidamente John—. Antes de la reorganización mundial con las reservas, era un país de oriente. Y de verdad, Iris tiene un altar en su casa a la cultura japonesa. Tú estás feliz ante la puerta de su casa, en lo que conoces como Silvania, y según cruzas el umbral, te transportas al Japón feudal. Tu mujer está loca —concluyó al fin.

—Así que Iris estima mucho las cosas de origen japonés, por lo que entiendo —dedujo Iain de forma comedida.

—Estimar es una cosa —replicó John—. Lo de Iris es fanatismo. —Sara asintió con la cabeza dando la razón a las palabras de John.

—¿De qué habláis? —preguntó Iris bajando por las escaleras—. Os veo muy animados.

—Aprende —dijo John haciendo un alto en la conversación y dirigiéndose a Iris—. Si te dijeran que te dan dos opciones: que Sara viniera aquí o traer el contenido de tu habitación del futuro, ¿qué elegirías?

Iris se detuvo en las escaleras y le miró suspicaz.

—¿Por qué? —cuestionó recelosa.

—Responde.

Iris lo pensó unos segundos.

—¿Hablamos sólo de mi habitación o de toda mi casa? —matizó.

—Sí, de tu casa —agregó exasperado con un giro impaciente de la mano—. ¿Qué elegirías?

Iris siguió pensándose.

—Esta pregunta tiene trampa, ¿verdad? —Sara se rio, John puso los ojos en blanco e Iain frunció el ceño por su falta de respuesta—. ¿Hablamos de la situación tal cual está ahora? —siguió detallando. John volvió a asentir—. Entonces, mejor que esté aquí —contestó con un suspiro resignado.

—Iris —la reprendió Iain—. Sara es tu familia.

—Lo sé, y por eso digo que prefiero que esté aquí.

—Pues te ha costado decidirte —recriminó malhumorado.

—Porque si hubiera futuro, la dejaría allí feliz con mi hermano, y yo me quedaría feliz aquí con mis cosas —contestó sin remordimientos—. Pero como no hay futuro... —añadió encogiéndose de hombros—. Supongo que prefiero que esté aquí.

—Yo también te quiero, cariño —dijo Sara con una sonrisa triste.

No se podía tomar a mal su respuesta porque en parte lo entendía. Sara también estaría más feliz de quedarse en su mundo con su marido y su familia que estando allí. Si fuese por ella, le enviaría su casa y el contenido que había en ella por duplicado si eso la hiciera poder estar en su casa con su familia.

—¿Era eso de lo que hablabais? —comentó escéptica acercándose a la mesa.

—Iris tiene algo para ti. —Miró a su hija y le dijo—: Dáselo a la tía.

La niña, aún algo cohibida con aquella gente, puso el bulto envuelto en la mesa y Iris lo recogió.

—¿Es para mí? —preguntó con una sonrisa—. Gracias, cielo.

Entonces lo desenvolvió y todos pudieron ver cómo se quedaba lívida. Con un cuidado absoluto, depositó la figura en la mesa y entonces, estalló en gritos y saltos cual *groupi* ante su ídolo. Se acercó a su sobrina, la abrazó, la achuchó y la volvió a abrazar con todas sus fuerzas mientras agradecía una y otra vez tener por sobrina a la mejor niña del universo entero. Iain no salía de su asombro ante el total cambio de actitud de su mujer. Estaba pletórica.

No entendía que una figura consiguiera semejante cambio en ella. Era una figurita de un hombre con una espada como la que ella tenía. Por supuesto, era llamativa su forma y los colores que tenía, además de que estaba hecha de un material que no había en su época. Allí, los muñecos eran de barro cocido o de madera tallada.

Alargó la mano para cogerla y poder observarla mejor.

—¡Ni se te ocurra poner tus sucias manos en ella! —le gritó a Iain quien se detuvo en el acto—. Puedo perdonarles que la hayan sacado de su envoltorio para traérmela puesto que no tenían mucho espacio, pero no se te ocurra tocar mi figura —le amenazó con voz helada.

John le dio unas palmadas conoedoras en el hombro mientras reía a carcajadas.

—Ahora ya conoces el lado oscuro de tu mujer. —Y se echó a reír más fuerte.

—Entonces, ¿me toca? —preguntó con inocencia Sara, sacando otro bulto envuelto.

Toda Iris se iluminó por completo. Hasta los ojos se le humedecieron de emoción mientras repetía «Ay, Dios» una y otra vez.

En esta ocasión no la cogió, sabiendo que del entusiasmo quizás hiciese algo como apretarla demasiado y que se rompiera. De modo que, cogiendo las puntas, desdobló el envoltorio acolchado hasta que apareció ante todos una figura del mismo hombre, pero abrazado a una mujer.

El mismo proceso de antes se repitió, pero con la mejor cuñada del universo.

—Necesito dos tapas de cristal. —Y salió corriendo directa a la cocina.

—¿Dos tapas? —preguntó Iain desconcertado.

Tanto John como Sara hicieron el gesto de encerrar las figuritas con una cubierta imaginaria. En la cocina no paraban de oírse ruidos de armarios abriéndose y cerrándose, junto con maldiciones de Iris por no encontrar lo que quería.

—No pienses ni por un momento que puedes acercarte a esas figuras. Ni tú, ni el polvo de tu habitación —se rio muy ufano John.

—¿Ves, Iris? —le dijo Sara a su hija—. Así se consigue el favor de tu tía —se jactó ella divertida.

Iris salió rauda de la cocina con bastante enfado.

—¿Es que en esta casa no hay nada de cristal? —se quejó a nadie en particular.

—Bienvenida al siglo XIV —se mofó John.

—¿Quién puede hacer cristal aquí? —les interrogó a Iain y Alec—. Alguien tiene que haber, maldita sea. He visto a un montón de tíos haciendo jarrones soplando vidrio en medio de la calle. Aquí se tiene que poder hacer también.

Iain miró con el ceño fruncido a Alec el cual negó con la cabeza.

—Aquí no encontrarás a nadie. Pero en el clan MacKenzie sí hacen cosas con vidrio. Puedes preguntarles a ellos.

Iris salió disparada hacia la puerta y se detuvo.

—No puedo ir con el aeromóvil —protestó de nuevo—. ¿Cuánto se tarda en ir en caballo?

—¿Con las pocas horas de luz que hay? Varios días —contestó su marido, y Iris gimió.

—No tengo tanto tiempo. —Se giró a Alec—. Tú, coge un caballo y mételo en el aeromóvil. Cuando esté a pocos kilómetros del clan iré con él.

—Primero, habla con más respeto a mis hombres —la reprendió enojado—. Y segundo, Alec está aquí para ayudar a Sara a trasladarse.

Iris ni se inmutó por la crítica de su marido y se puso a mirar por la calle. En cuanto encontró a un chico, volvió a ordenarle lo mismo que a Alec. Parecía haber olvidado por completo que, en el mes en el que estaban, el aeromóvil no lo ponían en marcha para evitar un gasto de energía excesivo. Tendría que hablar seriamente con su esposa si quería dejarle claras las prioridades en la vida. Recordaba como el año anterior se había negado en redondo a encender a Emma para saber quién había intentado matarla, pero no tenía ningún inconveniente en arrancar el vehículo para conseguir un objeto que protegiera dos muñecos.

Aquel pensamiento enfureció a Iain como pocas cosas y la fulminó con los ojos cuando Iris se acercó a la mesa y, cogiendo las figuritas perfectamente envueltas, se dirigió a su habitación.

—Sé cómo está el envoltorio al milímetro —les advirtió desde la escalera—.

Como lo vea cambiado y haya una sola huella dactilar en ellas, os corto los dedos — amenazó desapareciendo por el pasillo.

Iain se giró disgustado hacia Sara.

—¿Qué demonios le has dado?! —rugió el hombre furioso culpándola por el comportamiento de su mujer.

—Dos de sus bienes más preciados —comentó sonriente Sara para nada intimidada por el despliegue de mal genio de Iain.

—Y ha sido una estrategia brillante —elogió John sin darle mayor importancia al momento de posesión diabólica que había sufrido Iris, en opinión de Iain.

Faith entró por la puerta de la fortaleza cargando a Eonan, ajena por completo a la escena que se había dado.

—¿Habéis visto a Iris? Hay que cambiarle el pañal al niño. —La aludida bajó corriendo desde el piso de arriba pasando por delante de todos sin mencionar palabra—. Iris, a Eonan...

—Iris no está en casa... —gritó saliendo por la puerta.

—Pero qué... —Faith no pudo seguir hablando pasmada como se había quedado viendo salir a Iris como si la persiguieran los demonios. La adolescente se giró y miró a su tío interrogante.

—Sara ha hecho la jugada maestra —le explicó—. Ha sacrificado espacio en su mochila para traer las dos figuritas manga preferidas de Iris.

Faith la miró con los ojos abiertos como platos al igual que su boca, tan maravillada como si un ángel acabase de aterrizar ante ella.

—Eres mi ídolo —declaró la chica con adoración.



Puesto que no tenía muchas cosas en esa época, Sara había podido liar todo en varias mantas. Nada más salir por la puerta, se habían encontrado a Iris maldiciendo el ser diciembre y no poder poner en funcionamiento el aeromóvil. Al parecer, el momento de enajenación que le había dado al ver las figuras había pasado y regresó corriendo al castillo en busca de unas cazuelas con las que proteger sus adquisiciones de cualquier infortunio hasta que en primavera pudiera viajar hacia el clan MacKenzie para pedir unas urnas de cristal. Aquello —supo con certeza Sara— había calmado mucho a Iain, el cual masculló algo acerca de un correcto orden de prioridades.

Dejando a su cuñada en el castillo, se encaminaron hacia la que sería su nueva casa. Alec llevaba los dos alijos más abultados de sus nuevas pertenencias en tanto ella cargaba con el más pequeño. Sara había cambiado el pañal de tela de Eonan ante la corta ausencia de su madre, algo que no había podido ensayar mucho dado el poco tiempo que llevaban en esa época. Los pañales ecológicos de su tiempo que había empleado con Iris eran mucho más absorbentes y menos engorrosos que las telas que allí usaban. Y por supuesto, más higiénicos.

Iris había elaborado una crema natural para aplicar a las rojeces que le aparecieran al niño, el cual tenía una piel sonrosada que a Sara le parecía muy peculiar.

Eonan se acabaría pareciendo mucho a su padre —con quien compartía el cabello oscuro y unos bonitos ojos azules—, porque los genes de Iris no iban a decir mucho en cuanto a pigmentación se refería. Seguía manteniendo los ojos claros y, cada día que pasaba, el pelo se le iba oscureciendo más conforme aumentaba la cantidad. Incluso a pesar de tener sólo unos meses, ya tenía más color en la piel que su madre. Sólo el tiempo diría si finalmente tomaba otros rasgos más propios de Iris o acabaría siendo una pequeña copia de su padre.

Como prefería colocar las cosas antes de llevar a su hija a la cabaña cedida, la había dejado jugando con Faith y Eonan. Aunque sí la había limpiado, quería que estuvieran sus cosas instaladas para que no se llevara demasiada impresión. Ya habían pasado de su comfortable casa a un castillo medieval. Y ahora iban a trasladarse a una casita todavía más rudimentaria.

Pero necesitaba momentos de tranquilidad con su hija, y no lo conseguiría en un lugar donde constantemente había gente ya fuera cuidando el castillo o hablando con Iain. Y eso sin contar a su cuñada que era todo temperamento.

No pudo evitar sonreír al recordar la reacción que había tenido con sus regalos y acabó negando con la cabeza dando un suspiro de resignación. Iain no podía entender el fanatismo de su mujer, pero éste derivaba de que aquel era su único hobby. Lo había adquirido durante su traumática infancia, edad donde se aficionó a los mangas para evadirse de lo que le rodeaba. Una vez le había hablado sobre ello y no la sorprendió cuando le dijo que se había aficionado a devorar cómics porque eso evitaba relacionarse y encariñarse con las familias que acabarían abandonándola. Había sido un comentario que dijo a la ligera, pero a Sara le había encogido el corazón que una niña hubiera acabado teniendo un pensamiento como ése.

—No comprendo cómo puede divertirse lo que ha sucedido en el castillo —comentó de pronto Alec rompiendo el silencio.

A Sara le sorprendió que hablara. Desde que llegó a ese pueblo, apenas se había tratado con los hombres de allí, por lo que no esperaba que se dirigiera a ella.

Además, Sara tenía la sensación de que el hombre se encontraba incómodo a su alrededor. No era nada que hiciera o dijese, pero era algo que le transmitía cuando estaba cerca. Quizás era su postura o quizás que siempre que estaba presente se mantenía bastante serio. Pero Iris le había asegurado que los hombres, cuando estaban en «modo guerrero», solían estar así: vigilantes y expectantes de lo que sucediera. Aun así, Sara tampoco podía descartar que la falta de costumbre al estar rodeada de guerreros medievales fuese la que le daba una percepción distorsionada de su estado.

—Eso es porque no la conocéis como lo hacemos nosotros —argumentó ella—. Iris tiene muy pocas debilidades; es divertido enredar en una de ellas.

—Prefiere objetos materiales antes que a ti —replicó ceñudo.

—No es así: me eligió a mí.

—Se lo pensó.

—Se pensó las circunstancias. Alec —dijo cuando vio que él iba a contestar de nuevo—, son cosas nuestras. No lo vais a entender.



No tardaron mucho en llegar a la casa. No era muy grande. Era de un tamaño similar a las demás, y no había espacios estancos. Todo era una misma estancia donde se encontraba la chimenea, una mesa comedor y una zona para las camas tras un biombo rudimentario de ramas secas para ofrecer cierta intimidad. La casa, por dentro, estaba bastante descuidada incluso habiéndola limpiado. Era evidente que llevaba deshabitada mucho tiempo.

Alec entró y dejó los dos petates encima de la mesa.

—Estaríais más cómodas en el castillo —comentó el hombre mirando alrededor—. No estáis acostumbradas a este modo de vida.

—Nos acostumbramos rápido, gracias por preocuparte.

—Podríais esperar a que pasara el invierno para...

Sara rio por cómo intentaba convencerla de no ir allí. Su consideración ante las peculiares circunstancias de ella le pareció enternecedor, si es que esa palabra se podía utilizar en alguien como él.

—Llevo una década viviendo en mi propia casa. Me resulta agobiante estar en un lugar con más personas por mucho que ese sitio sea más grande y más cómodo —le explicó ella.

Alec no pareció muy convencido, pero se limitó a mirar por la estancia, fijando su vista en los desperfectos. Frunció el ceño.

—Hay que hacer bastantes arreglos, y eso sólo viéndola por fuera. Por dentro es todavía peor —gruñó el hombre—. No está en condiciones de pasar un invierno.

—¿Qué habría que arreglar para que sí lo pasara? —preguntó ella con inocencia.

Alec no se tomó a bien su despreocupación. Había oído a Iris quejarse el anterior invierno sobre no tener calefacción, algo que, según les había explicado, era un sistema que tenían las casas para mantenerse calientes y confortables en épocas frías. Allí lo único que tenían eran chimeneas y mantas para abrigarse. Y esa casa tenía que revisarse para ver si las piedras de las paredes estaban en su sitio o desplazadas, dejando que entrara más frío del normal.

Y todo porque quería marcharse del castillo y no quería estar demasiado lejos de él.

Con la cantidad de matrimonios que se habían dado ese verano, se habían ocupado muchas de las casas vacías. Si ésta estaba sin dueño, en opinión de Alec, era por algo. Estaba convencido de que Sara no sabía dónde se metía realmente al ir allí en vísperas de un invierno. Tanto Iain como Iris le habían aconsejado no marcharse, pero ella se había obcecado con hacerlo.

—Todo —contestó a su pregunta disgustado—, a excepción de la chimenea que se terminó hace un par de días cuando dijeron que ibas a venir aquí. —Señaló hacia arriba con la cabeza—. Hay que mirar el tejado. Creo que no gotea, pero hay que revisarlo de todas formas. Y lo mismo con las paredes —protestó Alec—. Sería mejor que volvieras al castillo —insistió de nuevo.

—Pierdes el tiempo porque no lo voy a hacer —replicó Sara.

Alec resopló y salió de la casa para inspeccionarla por fuera. Sara le siguió y escuchó de nuevo todos los desperfectos que había que atender. En realidad, no le preocupaba. Sabía que le arreglarían la casa en cuanto vieran que estaba allí. Había avisado con tiempo —no sólo dos días— y, a excepción de la chimenea, no habían tocado nada. Estaba convencida de que lo hacían para desmotivarla, pero una vez estuviera allí, no les quedaría más remedio que adecuarla. Y sabía que tardarían poco, porque así eran los clanes. No tenía que ponerse a buscar albañiles, ni techadores, ni nada. Se juntarían varios hombres del clan y lo harían, por discordante que fuera con su tiempo donde se tenía que contratar a alguien para que lo hiciera.

Alec se dirigió a una de las casas cercanas y cogió un montón de leños.

—Ésa es mi casa —explicó, dejándolos al lado de la puerta. Sara la miró otra vez estudiándola con más detenimiento. Era bastante grande teniendo en cuenta que sólo vivía él—. Si necesitas algo, puedes llamarme.

—¿No es un poco grande para ti?

—Era la casa familiar antes de la maldición. Allí vivíamos seis personas. Te aseguro que para seis personas no es tan grande —matizó él, y Sara no pudo hacer más que asentir. Sabía que distribuían o ampliaban las casas en función de los integrantes que vivían en ellas. Por eso le había extrañado que estuviera en ésa cuando su madre y sus hermanos pequeños estaban en otra cabaña. Pero al parecer, era su casa desde que nació, así que se había quedado en ella—. Cuando nos maldijeron, nos quedamos allí mi padre, mis dos hermanos y yo. Supe que mi madre y mi hermana se marcharon al poco y, por lo que me dijeron, estuvieron con una tía mía. Poco después de irse, mi padre y mi hermano mayor murieron por enfermedad, y yo me quedé aquí con Kevin.

—¿Y por qué tu madre no se trasladó a esa casa?

—Creo que no le gusta. Allí murieron, sin saberlo, su marido y su primogénito, sin contar con que durante años han vivido en la casa en la que están.

—Entiendo.

Alec se dedicó a inspeccionar partes de la fachada mientras Sara le miraba. Era un hombre extraño. Por supuesto, lo era para ella, aunque poco a poco se fuera habituando a esas gentes. Pero le seguía llamando la atención los rasgos de las personas. Y Alec no era menos. De cabello pelirrojo, poseía las características que por genética se les habían atribuido: una tez muy clara que sólo estaba oscurecida por las múltiples pecas esparcidas por toda la piel; y unos ojos claros de una tonalidad verde llamativa, tanto que más de una vez se había tenido que contener para no mirárselos descaradamente de continuo. Alec era, además, un hombre alto y con una constitución fuerte, como muchos de los que había allí, y más, tratándose de guerreros que se entrenaban en fuerza física todos los días.

Y como si quisiera sacarla de su escrutinio con una demostración, el que tenía delante dio un golpe a la pared y varias piedras cayeron hacia dentro.

El hombre resopló.

—Acabaríamos antes echando la casa abajo y construyéndola de nuevo —se

quejó a nadie en particular.

Se giró y la miró como si fuese ella la culpable del estado de la casa, pero antes de que pudiera decir nada, oyeron cascos de caballo acercándose por el camino. Alec desvió la mirada hacia allí y se adentró en el camino para interceptarles. Los caballos se detuvieron ante él.

—No os esperábamos —comentó Alec tras los saludos—. ¿Ha ocurrido algo en vuestras tierras?

Sara estudió a los tres hombres que se habían acercado por el camino. Tenían un tartán desconocido para ella, pero tampoco era algo que la desconcertase. No tenía problemas en reconocer que no estaba versada en la cultura de su familia en la era medieval. Y si no fuera por las crónicas familiares, sabría todavía menos. Así que si no sabía de su linaje, menos aún de los clanes que los rodeaban.

El hombre que iba en cabeza habló:

—Alastair quería hacerle llegar a Iain su perspectiva sobre las negociaciones antes de que se eche el invierno encima y no podamos viajar. —Alec asintió.

—¿Cómo está tu padre? —preguntó por cortesía.

—Según los días, pero no creemos que supere este otoño. —Lo que se traducía en la posibilidad de que a su vuelta se encontrara con su padre muerto, pues no quedaba mucho para que llegase el invierno.

—Lo siento, Monroe —se condolió Alec.

Pero también sabía que ése era uno de los motivos por los que el clan Grant había dado la oportunidad de iniciar negociaciones entre ellos. El *laird* estaba en su lecho de muerte y habían decidido que su hijo mayor, Alastair, le sucediera. El cambio de jefe de un clan siempre conllevaba meses de tensión entre clanes, y sin contar con el momento atípico por el que pasaban todos, por lo que eran necesarios los aliados.

Monroe giró levemente su cabeza y miró hacia un lugar por detrás de él. Eso hizo que también se desviara la atención de sus dos compañeros. Alec se tensó. Sabía perfectamente qué estaban mirando, o mejor dicho, a quién. Y Monroe se demoró más de lo habitual en despegar sus ojos de ella y centrar su mirada en él.

—No es de por aquí —dijo por fin.

—No.

Era innecesario perder el tiempo intentando convencerles de lo contrario. Mientras que John y Faith podían pasar por personas muy morenas o, incluso quizás, que tuvieran en sus raíces un familiar de algún grupo gitano, no se podía decir lo mismo de la piel de Sara. Al igual que le sucedía a Alec, estaba seguro de que nadie en Escocia había visto a alguien como ella y su hija.

—¿De dónde viene? —Y ahí estaba la pregunta que supo que iba a llegar en cuanto la vieron. Una pregunta cuya respuesta no podía dar y no sabía de ninguna alternativa. No se esperaban visitas, ni tampoco se esperaba que éstas vieran a Sara. Luego no se había pensado hasta ahora la excusa para explicar su presencia allí.

—Vengo de un lugar cálido del sur. —Sara se acercó hasta él para ayudarle con

la respuesta, pero se llevó dos ceños fruncidos y la sorpresa de Monroe por meterse en la conversación.

Monroe volvió a hablar a Alec, aunque lo hizo con un tono brusco.

—¿Es inglesa?

—Viene de un país del continente —contestó Alec al momento viendo que Sara iba a volver a hablar—. Uno del sur. Es la cuñada de Iain por parte de su esposa —cambió de tema con toda intención estableciendo la relación que existían con el jefe del clan. Eso evitaría posibles interrogatorios acerca de ella—. Vivirá en nuestro clan.

La postura de los tres hombres se relajó en cuanto quedó definido su origen no inglés.

—Espero que Escocia no le haga echar de menos sus tierras.

—Gracias.

—¿Iain está en el castillo? —preguntó Monroe a Alec.

—Ahí estaba cuando me marché de allí.

Monroe asintió y, lanzándoles una última mirada, se dirigieron al castillo.

Alec suspiró y se giró hacia Sara.

—No debes entrar en una conversación de hombres sin que alguno te dé su permiso.

Sara no suspiró; resopló.

—Es difícil hacerme a esa costumbre tan de repente. No puedo imaginarme cómo lo hace Iris para controlarse, con lo que es ella. Sé que está presente cuando se hacen reuniones aquí con emisarios de otros clanes.

—Tienen su propio sistema.

—¿Ah, sí? —Alec asintió.

—Durante una reunión, Iris se sienta siempre al lado de Iain y no dice nada en alto en toda la reunión.

—¿Nada en alto? ¿Eso quiere decir que masculla por lo bajo?

—No. Cuando quiere preguntar algo, se pone en actitud cariñosa, le toca la pierna a Iain y él se acerca a que le susurre lo que quiere como si en realidad le estuviera haciendo una confidencia entre esposos. Y al poco, Iain hace su pregunta.

Sara le miró con los ojos como platos.

—Será una broma, ¿no? —Alec negó—. ¿Es lo que os han dicho ellos? —Volvió a negar.

—He estado en varias reuniones y posicionado en distintos ángulos. Es algo que he visto que hacen. Si estás sentado en la mesa, ni siquiera ves que Iris llama su atención tocándole.

Sara se echó a reír.

—«Innovarse o morir». Pero imagino que ante la alternativa de que directamente no pueda preguntar nada, se conformará con ese apaño. —Alec no dijo nada y Sara se giró hacia la casa para volver a centrarse en ella—. Imagino que tendrás que ir al castillo por esta reunión sorpresa.

—Me asignaron ayudarte con tu traslado. Si dicen algo importante, me lo dirán después.

Sara lo miró con cierta sorpresa. Los hombres tendían a querer estar presentes cuando ocurría ese tipo de situaciones. A Sara no le habría parecido raro que se excusara y se marchara hacia la reunión, pero se mantenía cumpliendo la orden dada.

—Gracias.

Alec la observó un momento sin entender y por fin se dirigió hacia la casa para seguir con su trabajo de inspección.